

DANIEL YOFRA, ACEITEROS
REPORTAJES REVISTA CRISIS
2016 y 2024

I.DANI, EL ACEITOSO

Noviembre 2016. Reportaje Genoud, Santucho y Vicella

Acaba de finalizar el Plenario de Delegados de la Federación de Aceiteros, una organización sindical que ilusiona por la combatividad que emana de sus bases y porque sueña con recrear una política auténticamente proletaria, mas allá de los partidos y de los gobiernos. Daniel Yofra es expresión y artífice de esta nueva generación obrera, vital y móvil, que quiere discutir el poder y la riqueza. Tiene con qué.

Sus amigos le dicen “cabezón”, tiene 49 recién cumplidos, y es uno de los líderes más genuinos del reducido sector de la clase obrera que se ubica en el *cuore* del capitalismo argentino. A los 25 pirulos, allá por 1993, Yofra fue elegido delegado en la planta que Louis Dreyfus tiene en General Lagos, el segundo puerto privado más grande del país desde donde se exportan cinco millones de toneladas de soja por año. Dos décadas después se convirtió en secretario general de la Federación de Trabajadores del Complejo Industrial Oleaginoso, Desmotadores de Algodón y Afines de la República Argentina, los “Aceiteros”, organización que nuclea a unos diez mil trabajadores y que en el último quinquenio, por una combinación virtuosa entre dirigencia combativa y ubicación estratégica en la producción, encabezó los rankings paritarios, perforando una y otra vez el techo que a todo gobierno, sea cual fuere su signo, le encantaría remachar. El

tipo habla de frente y, tal vez por eso, no se parece al resto de los caciques sindicales.

¿Cómo ven el panorama sindical a casi un año del triunfo de Macri?

Lo vemos complicado porque nadie te dice la verdad. Estamos muy atomizados y hay una franja grande de obreros que no se sienten representados por dirigentes que especulan con el poder político y renuncian al poder de la clase trabajadora.

Dos meses después de unificación de la CGT, parece que el optimismo inicial quedó desautorizado por los hechos.

Yo nunca tuve expectativa, nunca estuve a favor de que se unifique la CGT. De todos modos confiamos en Juan Carlos Schmid, que es un tipo muy cauto pero conoce la realidad de lo que pasa en el país. Si él levantara diez puntos que abarquen las necesidades de la mayoría de la clase trabajadora, no necesita ni de Cavalieri, ni de Gerardo Martínez, ni de Andrés Rodríguez para traer a las bases a pelear por reivindicaciones. Hoy necesitamos alguien que hable de las necesidades de los trabajadores, porque de las declaraciones políticas la gente está cansado. La unificación es una mentira, hay intereses totalmente contrapuestos entre esas organizaciones.

Según tu mirada, ¿la unificación entonces beneficia más al gobierno que a los trabajadores?

Sí, yo creo que el más beneficiado es el gobierno.

¿Y cuáles deberían ser los reclamos del sindicalismo en esta coyuntura?

Nosotros tenemos tres puntos que consideramos que hay que discutir: salario mínimo vital y móvil, de acuerdo a la definición de la ley de contrato de trabajo y al artículo 14 bis; eliminación del sistema de tercerización y de subcontratados; y el último punto es la democracia sindical, que no la tiene el ochenta o noventa por ciento de los que integran el movimiento obrero. Eso traería cambios rotundos dentro de la burocracia sindical.

La generación flexible

La historia de Daniel Yofra tiene su origen en la larga noche del proletariado argentino, luego de la derrota sin anestesia del movimiento sindical de base más potente que se recuerde en nuestro país. Criado en Fighiera, muy cerca de Villa Constitución, su padre llegó a ser Secretario Adjunto de la “UOM de Villa”, epicentro de las coordinadoras obreras que sacudieron durante la década del setenta al cordón industrial que une Rosario con Buenos Aires. “Yo me crié con mi abuela porque mi viejo estaba en cana. Ella tenía al hijo y al yerno preso, y me decía ‘mirá cómo terminan por ser sindicalistas’. En ese entonces tenía diez años, así que imaginate cuál era mi concepción del sindicalismo”.

Sea por transmisión genética, mandato de clase, o algún determinismo por el estilo, Daniel ingresó a trabajar en un eslabón clave del nuevo modelo de acumulación del siglo XXI. Allí se encontró con algunos sobrevivientes que le pasaron la posta. Sin embargo, no se hace ilusiones: “nosotros somos la generación de la flexibilización, no es que estábamos en los setenta y hoy seguimos vigente porque somos obreros; nos

hicimos dirigentes en el contexto de la flexibilización y pudimos dar el cambio, no sé si a tiempo, pero logramos transformar totalmente la política que tenían los aceiteros en los noventa. Es cierto que cambió la coyuntura, pero nosotros también cambiamos la cabeza”.

El cambio de siglo los benefició y el nivel de vida de sus compañeros de trabajo subió al ritmo del aumento del precio de los commodities. “Si hace quince años vos me hubieras dicho que íbamos a tener una moto o un auto ninguno de nosotros te hubiera creído. De hecho, en la zona había compañeros que vivían en la villa y se compraron terrenos, se hicieron una casa, se fueron de vacaciones. Ahora tenemos una vida muy distinta. El problema es hacer conciencia para cuando venga la mala, por eso te digo que nos falta mucho trabajo interno, porque estamos acostumbrados a ganar y a ganar mucha, y a ir con la gente a movilizarnos. Nuestra gente no va porque tenemos un aparato y si nos llama el líder vamos. No, el delegado informa que va a haber una medida y se decide quién y cómo participar”.

Pero Yofra no cree en la teoría del derrame. Tampoco en el argumento de la ex presidenta Cristina Kirchner, “que si los obreros estamos mejor tenemos que agradecerse a ella”. Y sus creencias no son simples opiniones, están avaladas por luchas de gran intensidad. Una fue en 2013, de cariz intrasindical, en el Congreso de la Federación que hoy preside, cuando el sector que sería desplazado solicitó la ayuda del Momo Venegas y muy republicanamente los cagaron a balazos. Hay [un crudo en YouTube](#) donde se advierten las escaramuzas. Desde entonces, los aceiteros recuerdan aquel 17 de julio como el comienzo de “la nueva etapa”. Ese día se reúnen “para celebrar el coraje y la

conciencia de los obreros aceiteros; y para reflexionar sobre el accionar de la burocracia”.

El otro conflicto que protagonizaron fue bautizado “el aceitazo”, [la huelga](#) mas potente que debió soportar el kirchnerismo durante su reinado. Sucedió en 2015, duró 25 días, le hizo perder millonadas pero millonadas de dólares a las principales trasnacionales del agrobussines, y le costó varios ataque de nervios al entonces ministro de trabajo Carlos Tomada. El triunfo obrero terminó siendo categórico y los aceiteros, que se esmeraron por vocear a los cuatro vientos el porcentaje de aumento salarial conquistado, afianzaron su referencia para el resto de la clase.

Durante el primer año de Macri revalidaron su lugar en el podio como plusmarquistas paritarios. Pero Yofra tuvo su minuto de fama mediática cuando salió a explicar en la tele por qué el litro de aceite iba a llegar a cien pesos, en medio de la maratón alcista de los precios. El Cabezón se ríe, divertido. “Es importante que aquellos dirigentes que saben la verdad, la digan. Hay quienes consiguen lo mismo que nosotros de aumento pero no lo hacen público, porque la presión del Estado y de las empresas apunta a eso. Nosotros, cuando ponemos el eje en la publicidad de lo que conseguimos, no es para andar diciendo miren que genios que somos sino para que nos demos cuenta de que se puede más”.

Vital y móvil

La pericia de los aceiteros para conquistar aumentos salariales por encima de la inflación no ha sido magia. Existe un método: poner encima de la mesa de negociaciones un criterio materialista y con rango constitucional, “el salario mínimo, vital y

móvil”, en lugar de discutir solo la vaporosa metafísica de los índices inflacionarios.

Ustedes son el único sindicato que no discute salarios en base a la inflación anual. ¿Por qué?

Porque el punto de partida es el valor de la fuerza de trabajo, o sea cuánto se necesita para cubrir las necesidades mínimas. Después discutimos inflación, pero primero tenes que garantizar eso. No hay un estudio por parte del sindicalismo —y menos una pelea— que determine cuál es la cifra que necesitan los trabajadores para vivir dignamente. Y no es un problema solo de la burocracia, sino de muchos compañeros que discuten únicamente en base a la inflación. Nosotros tampoco lo entendíamos, si nos dimos cuenta de la importancia del salario vital y móvil fue gracias a Horacio Zamboni, un abogado laboralista que dedicó su vida a la clase obrera. Cuando lo conocimos, en el 2004, andábamos permanentemente presentando certificados de miseria para lograr un aumento o una categoría, porque en ese momento tampoco había paritaria. Es muy difícil concientizar a los trabajadores cuando vos creés que nunca vas a poder llegar a vivir bien.

Es decir, hoy no se sabe cuánto tiene que cobrar un trabajador.

Es lo primero que debería hacer el Consejo del Salario: decir cuánto necesita un trabajador para cubrir sus necesidades de acuerdo a lo que prevé la Constitución y la Ley. Después pueden decidir si lo pagan o no lo pagan, pero el trabajador lo tiene que saber.

¿Qué dicen las cerealeras cuando van a negociar con ese planteo?

Hoy lo aceptan, pero al principio hasta nuestros compañeros se nos reían. En la paritaria de Dreyfus, que es la empresa de donde yo provengo, cuando impulsamos esta pauta la burocracia decidió no venir a negociar a Buenos Aires. Vine solo y les di un papelito con lo que nosotros queríamos cobrar. La gerenta de recursos humanos se descompuso. En ese momento nadie discutía salario y menos de esta forma. Recién en el 2010 pudimos llegar al salario mínimo, vital y móvil. Me acuerdo de que Tomada nos decía “no quieren subir todos los escalones juntos”.

¿Y ahora qué pasa?

La discusión se termina cuando tienen que presentar los balances. Ahí te dicen “sí, está bien, firmamos”. Aunque tuvimos que hacer huelgas muy duras, como la de 2015, de 25 días. Nosotros estamos convencidos de que la inflación no puede ser la base de la discusión. Hay una trampa que es el porcentaje. Si la base es alta, el porcentaje es mucho. Si la base es bajísima, el porcentaje es nada. Nosotros lo planteamos y lo logramos, por eso creemos que el resto de la clase también lo puede lograr.

Hay dirigentes sindicales a los que le da vergüenza decir públicamente cuánto ganan los trabajadores de su sector, porque tienen salarios altísimos en comparación con la gran mayoría de los sectores populares. ¿Cómo ven ustedes esta disparidad al interior de la clase obrera?

Nosotros tenemos trabajadores que ganan 35 lucas, que son los que cumplen sus ocho horas diarias; después hay aceiteros que ganan 50 o 60 mil pesos, sumando horas extras y otros ítems.

Pero el problema no es que ganen mucho y entonces no conviene decirlo, el tema es que nadie dice cuánto tiene que ganar un trabajador. Después están las realidades de cada sector, que son particulares porque tiene especificidades. Lo importante es que discutamos cuál es el salario que le corresponde a todo el mundo, no al aceitero o al que se desempeña en una rama donde le pueden pagar bien. Creo que eso es lo que está faltando, cómo se mide ese derecho que implica un salario digno. Y sería hora de que los altos dirigentes empiecen a hablar seriamente de eso. Yo creo que nos debería dar más vergüenza saber que dentro de las organizaciones hay muchos compañeros que ni siquiera llegan al salario mínimo, que el hecho de que algunos ganen sesenta lucas. Además, no es que yo voy a decir “gano eso porque soy lindo”, sino que tenemos que dar la discusión sobre cuál es el valor de la fuerza de trabajo.

Para comprender mejor la dimensión estratégica del salario mínimo, vital y móvil, vale la pena [este escrito](#) de Matías Cremonte, abogado de la Federación y recientemente electo Presidente de la Asociación de Abogados Laboralistas. Otro letrado que acompaña a los Aceiteros, Carlos Zamboni, “Carloncho”, mete la cuchara en la entrevista: “En las paritarias también apelamos al balance de las empresas, no porque vayamos a convencerlos, pero es un argumento más que nos permite comprender cuál es el peso de los salarios en el esquema financiero. Y lo que demostramos con el tiempo es que no se trata de aplicar ese criterio allí donde la rentabilidad es alta, sino que el salario vital y móvil puede extenderse a toda la clase trabajadora, y entonces se constituye en un riesgo para el sistema. Nosotros demostramos que las pequeñas empresas también lo pueden pagar. Por supuesto que hay firmas que

quiebran en el capitalismo, pero eso no hay que achacarlo a la fuerza laboral. Entonces, lo que nosotros decimos es que en las paritarias se discute cuál debería ser el salario, pero nunca se discute cuál es la tasa de ganancia”.

el delegado de la clase

[El Plenario](#) extraordinario de delegados de base celebrado el 1 y 2 de noviembre fue un hervidero de laburantes llegados de distintos puntos del país, con altísimo nivel de debate, pensamiento y combatividad. Dice Yofra: “El primer plenario de Delegados que se hizo en la historia de la Federación fue en el 2010. Venían cien delegados de los cuáles el cuarenta por ciento eran Comisión Directiva, no eran de base. Nosotros exigíamos que se hicieran de acuerdo a todos los procedimientos legales, para que no te dibujaran las cosas. Hoy tenemos doscientos delegados. Y son reales”.

La dirigencia sindical cada vez está más ligada al poder político y las grandes organizaciones gremiales que negocian no representan a la mayoría de los asalariados. ¿Se puede democratizar al sindicalismo o la lógica sindical no da para mucho más?

Creo que hay una base que va a estallar, que está pujando por desenvolverse. Hay una movida que no está organizada, no hay un solo líder que exprese todas esa bronca de los trabajadores. Eso no significa que la democracia sindical no pueda llegar a la mayoría de los sectores. Nosotros no teníamos democracia, desde 2013 que conseguimos darle una orientación a la Federación, nos organizamos y elegimos delegados en el resto del país. Es muy reciente nuestra experiencia.

¿Qué sería la democracia sindical?

Darle la posibilidad a los delegados de que puedan participar de la vida gremial: elección efectiva de delegados, asambleas, que no haya separación entre las diferentes categorías de trabajadores. Cada vez que nosotros decimos algo no es un simple anhelo, o una ilusión, una utopía que está allá lejos. Lo que decimos lo hemos conseguido, hemos demostrado que se puede hacer el cambio. Nosotros primero tuvimos que ganarle la Federación a la vieja burocracia, y luego tuvimos que recuperarla incluso frente a nuestros aliados en esa primera disputa. No es fácil vencer la inercia burocrática, se impone. A todos nos gusta salir de la fábrica e irnos a meter en la cama, o irnos a pescar, o la idea recreativa que puedas tener. El compromiso es a nivel de la conciencia, sólo eso te permite salir de la fábrica e ir al sindicato, a una asamblea, o a bancar a otros compañeros que quizás estén en problemas. El año pasado reformamos el estatuto para que los trabajadores no solo voten a los dirigentes nacionales de forma directa y secreta, sino que además de puedan postular para ejercer un cargo en la Federación, donde por ser una entidad de segundo grado habitualmente se vota a la dirección de los sindicatos locales y luego se elige a la conducción nacional en un congreso. La primera elección con esta metodología va a ser en 2017.

¿La clave entonces sería la conciencia?

Nuestra experiencia es que la clave está en los delegados. Nosotros desde el gremio nacional impulsamos que en cada fábrica tenía que elegirse delegados de base, y allí donde se iban eligiendo surgían listas opositoras a la comisión interna tradicional, que sistemáticamente obstruían la democracia. Pero

en todas las elecciones que se hicieron hasta el momento ganaron los nuevos delegados. Por otra parte, cuando llegamos a una fábrica donde no tenemos presencia lo primero que hacemos es enchufar la elección de delegados. Dentro del estatuto de la Federación se explicita que el secretario gremial está en condiciones de convocar a elecciones de delegados si el sindicato no convoca. Y si no hay sindicato, la Federación está facultada para organizar elección de delegados. Lo hicimos en una empresa grande, la Bunge de Ramallo, cuando la gente se empezó a organizar.

¿Cuál es la diferencia entre ustedes como dirigentes y alguien como Moyano, por ejemplo, que tiene una gran eficacia en la lucha económica?

Nosotros nos sentimos más trabajadores que dirigentes. Nuestra mirada de política nacional es muy limitada. Para mi son más importantes nuestras debilidades internas en el nivel de conciencia, y eso no se reemplaza por una buena rosca a nivel dirigencial. Por eso en el Plenario priorizamos que nuestros delegados puedan formarse y ganar en conciencia, escuchando a referentes del movimiento obrero que no piensan todos igual entre sí.

¿No deberías ser un poco más “político”, para no quedar aislado?

Nos ha pasado que vas a plantear algo para laburar en conjunto y te miran desde dos o tres escalones más arriba, porque el objetivo de muchos dirigentes es que le den bola desde el partido o el gobierno de turno. No sé por qué no se hablan estas cosas dentro del movimiento obrero. Yo no tengo ganas de pelearme con nadie, pero esto es lo que tengo para decir. No tengo otra. De todas formas, tengo que pulir más mi discurso,

porque quizás enfatizo mucho en cierto odio contra la burocracia, y eso me juega en contra muchas veces porque sí creo que hay que trabajar para transformar al sindicalismo. Cuando me dedico solamente a hablar de lo que hicimos, y de lo que nosotros como organización queremos para el futuro, me parece que todo fluye mejor, pero no puedo dejar de mencionar lo que pienso.

¿Como perciben la conflictividad que vendrá?

Nosotros somos una organización similar al movimiento de un volcán, la lava está siempre abajo y en cualquier momento explota por acá, o tal vez por allá. En algunos lugares también explota al pedo, y a veces tenés que decirle que haya prudencia. Nosotros hemos avanzado cualitativamente en cuestiones que hace poco eran imposibles, y si llegamos hasta ahí es por la conciencia que hay, desde el trabajador hasta la Federación. Por eso yo estoy seguro de que, a pesar del miedo que sin dudas funciona, si acá viene la represión los compañeros no nos van a dar la espalda, no van a decir que somos unos loquitos que hacen quilombo. Hoy tenemos esa tranquilidad que por ahí no la tienen otras organizaciones.

Dani, el aceitoso, no es meloso con sus representados. Los tiene cagando, les exige, les pide más. Un delegado dice que en los Plenarios impuso la ley seca. Otro, ojeroso, recuerda que le ganó la apuesta porque no se durmió en ninguna mesa del Encuentro. En el discurso de cierre, Yofra taladra: “A mi no me asusta la grieta, y a esta Comisión Directiva no le asusta ninguna brecha, porque achicar esa grieta significaría resignar los derechos de los trabajadores, y eso no va a pasar. Yo lo lamento por aquellos que han depositado la confianza en nosotros, aquellos compañeros

que han creído de que nosotros podíamos en algún momento tranquilizarnos, parar un poco con las asambleas y los plenarios, y hacer la plancha como muchos dirigentes. Nosotros vamos a seguir peleando, vamos a seguir insistiéndole a cualquier gobierno de turno, porque no nos interesan los políticos, nos interesan los trabajadores. A seguir luchando compañeros”.

II. SE LO QUE QUIERO Y LO QUIERO YA

Mayo 2024. Reportaje Villal

Nos abre la puerta en pantuflas y pide disculpas por la facha. Le cagamos la siesta. Daniel Yofra está quemado: acaba de terminar el Plenario de Delegados de la Federación Nacional de Aceiteros y Desmotadores de Algodón que conduce desde 2013. Durante dos días decenas de cerebros obreros de todo el país carburaron cómo defender sus ingresos, sus derechos y la organización en medio de la tempestad libertaria. Y viene de cerrar una paritaria en la que el salario inicial de sus bases estará en \$1.240.000 (mientras que el Salario Mínimo Vital y Móvil en mayo cerraba por decreto en \$221.052). Tiene motivos para estar cansado. Nos invita a sentarnos a una mesa desordenada por carpetas y regalos que le trajeron compañeros de todos lados: imágenes, artesanías, hojas de coca, algún vino. Como si fuera un santito proletario. Le preguntamos lo que nos preguntamos todos: ¿cómo salimos de acá? Yo haría un comité de crisis con veinte organizaciones sindicales que tengan impacto económico. Eso en

primer lugar, veinte sectores del sindicalismo cuyos patrones aporten mucha plata al Estado. Y armaría una estrategia. Que al secretario general de la CGT lo elijan esas veinte organizaciones. Pero no necesariamente de entre esas veinte. Como Saúl Ubaldini en su momento, que era del rubro cervecero y tenía impacto en los borrachos, nada más. Tranquilamente puede conducir alguien que no esté dentro de ese grupo. Pero que esté puesto por esos veinte. Como pasa con el “círculo rojo” en el país: que no gobiernan, pero gobierna un representante de ellos.

¿Sería el “círculo azul” o el “círculo proletario?” Un G20 obrero.

—Es una cuestión de sentido común: llamar a esos veinte sectores para conseguir apoyo. Porque si no hay apoyo no tiene sentido. ¿Qué sentido tiene, por ejemplo, que yo presente un proyecto de reforma del convenio para mejorarlo si no vamos a pelear? Después del apoyo, un programa rápido, urgente, de toda la problemática que tienen los jubilados, los desocupados, los pobres, los trabajadores. Y decir “nosotros queremos esto”. No esperar a que la Ley Ómnibus, el DNU, los políticos decidan si nos dan esto o aquello, y usarlo de moneda de cambio. No. El gremialismo presenta esto. Y después llamar a un plan de lucha. La única manera de negociar es con conflicto.

¿Y mientras tanto que madure una propuesta política?

—Eso es inevitable. Pero no podemos pensar que tenemos que poner un candidato ahora cuando tenemos un montón de problemas sin resolver. La política tiene una deuda de cuarenta años con los derechos que nos sacaron los militares que no se repusieron. Y los que sacó el menemismo tampoco. Y la Ley Banelco tampoco. Un gremialismo que proponga una mecánica de gobierno que sea inclusiva. Así que eso: comité de crisis, plan de gobierno y plan de lucha.

¿Vos creés que la gente está mal y que quiere salir a pelear, solo que no hay líderes que la convoquen? ¿O la gente misma está procesando lo que pasa, debatiéndose si salir a protestar o apoyar al gobierno hasta que aparezcan los resultados de este sacrificio?

—No. A ver, al principio era lo que ellos decían en los medios: vos votaste y te estaban diciendo “vas a estar mal”. Pero todavía no estaban mal. Hoy vas a un supermercado y está vacío. Una cosa es cuando te lo dijeron en diciembre y otra es ahora. Te tiro una metáfora: un río, un barco. Yo te empujo al agua y te digo “bancá un cacho, después te voy a dar el salvavidas”. Y no te lo largo. Vos vas a nadar hasta donde te dé la fuerza, después te vas a ahogar. Eso es lo que le va a pasar a la gente, que tiene que

decidir entre pagar el alquiler, comer o vestirse. ¿Cómo hacés para sobrevivir? Hicieron un laburo estigmatizando a los dirigentes sindicales. Buscan el descreimiento. A tal punto que hoy muchos dirigentes tienen vergüenza de pedir algo, que no se lo den y tengan que salir a hacer un quilombo. Lo que no hay son líderes.

¿Te parece que la CGT estuvo tan floja de reflejos? Después del DNU movilizó a Tribunales en medio de las Fiestas, logró frizar el capítulo del Decreto sobre los derechos de los trabajadores en la Justicia, paró y movilizó fuerte el 24 de enero a menos de dos meses de la asunción de Milei, influyó en el derrumbe de la primera Ley Ómnibus, movilizó el 1° de mayo y llamó a paro general el 9 de mayo. ¿No le estamos pidiendo mucho?

—Hace un montón de años que vengo diciendo que la CGT tiene que ser oposición del Gobierno, independientemente del partido que gobierne, porque los derechos de los trabajadores se contraponen al interés que tienen los políticos últimamente. Algunos me decían eso: “Daniel, metieron dos paros y dos movilizaciones en 5 meses, fueron a la movida universitaria, fueron a Tribunales”. Está bien, pero lo que nos pasó en estos 5 meses con estos patrones que están en el Gobierno no nos pasó en 40 años, ¿me entendés? Este tipo Milei hace un discurso, con esa saña que tiene, con esa cara de malvado, diciendo que van a

echar a 60 mil trabajadores del Estado y se caga de risa. Caga con la puerta abierta.

Desde la CGT dicen que si se adelantan demasiado pueden quedar en orsai. También argumentan que hay un riesgo de quedar asimilados con la “casta .”La situación del mercado laboral tampoco ayuda a ponerse tanto más a la ofensiva¿ ,o sí?

—Son excusas.

¿Para qué?

—Para no hacer. Cuando no estás acostumbrado a parar, ponés excusas para no hacerlo. Hoy lo tenés en tu gremio, y mañana lo tenés en la CGT o donde te pongan en alguna actividad. Salen a justificar diciendo que no quieren que les digan que son desestabilizadores. Boludo, nos mataron en tres meses. ¿Sabés cuál es el tema? Si a vos te pegan y te pegan tanto por algo, después te da vergüenza hacerlo. A Alberto le hicieron un tractorazo a los tres meses de que estaba en el gobierno, pero eran “los del campo”. A Cristina le hicieron 100 días de huelga, tiraban la leche en las cunetas de los campos. Fue en el 2008, hacía tres meses que estaba gobernando. Cien días de huelga. Cuando nosotros hicimos 22 días de huelga en el 2020, nos llamó el medio Cadena Tres. Decían que la Sociedad Rural y Federación

Agraria anticipaban que íbamos a generar desabastecimiento porque no dejábamos sacar la soja del campo. Íbamos por el día dos de la huelga y les contesté: “Bueno, ellos hicieron 100 días de paro, a nosotros nos quedan 98 por hacer”.

¿La reacción es rápida y mucha, pero poca y lenta?

—Yo te lo traslado a una empresa: si me echa a 10 tipos, paro un día. Me echa a 20, 30, 40, 50. ¿Tengo que pensar si hago una huelga o no? Frenamos un poco el DNU, frenamos un poco la Ley Ómnibus, les metimos presión a los políticos. Pero no alcanza. Porque hay despidos en el Estado, despidos de privados, los sueldos que siguen por el piso. Es decir, hay muchas cosas que están pasando en muy poco tiempo. Vos ponete en el lugar del tipo que está padeciendo los ajustes de este Gobierno: 100% en cuatro meses de devaluación, suba de la nafta, de las prepagas, de la alimentación... y vos no tuviste ningún avance. ¿Vas a esperar? ¿Vas a pensar “demasiado lo que hizo la CGT que antes no había hecho nada”? Hay motivos de sobra para hacer un plan de lucha. Si vos le preguntás a la CGT y te dice que estratégicamente no conviene parar porque están por negociar o porque tenemos esto o aquello, porque creen que va a ser peor, porque nos van a sacar los fueros sindicales, todos los motivos que vos quieras decir... Pero si es porque no quieren que los

tilden de desestabilizadores, ya está. No nos vengas a poner una excusa pelotuda.

La culpa no es del chanco

En el Plenario de Delegados que acaba de terminar, el clima es de orgullo y autocelebración por la conquista de una nueva paritaria que superó la pauta del Gobierno y las propuestas de los empresarios. Pero la atmósfera no es necesariamente festiva. Se percibe la preocupación en los rostros y en el tono de los discursos. Los delegados acusan recibo del golpe que significó el triunfo libertario y las amenazas materiales y simbólicas que se ciernen sobre su construcción sindical. En las localidades del interior donde trabajan, las balas pican cerca: familiares o amigos despedidos, con salarios por el piso y angustias por las nubes, van demoliendo el precario entorno social de sus vidas cotidianas. Pero quizás haya un impulso mucho más primario, que le imprime ese dejo de suspenso al ambiente: tratar de entender qué carajo está pasando. Le preguntamos a Daniel Yofra cómo cree que llegamos acá.

—Yo laburé para que no gane Milei. Laburé diciéndoles a los compañeros lo que me parecía a mí. Cuando perdió Massa en las PASO (yo lo voté para que no ganaran Bullrich ni Milei), me llamó Julián Domínguez para redoblar los esfuerzos. Y le dije:

“Pero ¿vos querés que nosotros cambiemos en dos semanas lo que ustedes no pudieron cambiar en cuatro años? Nosotros

vamos a hacer el esfuerzo, pero esto es error de ustedes que se mandaron un montón de cagadas”. Eso es lo que hay que tener en claro. Y si no lo decís a tiempo, pasan estas cosas, gana un tipo que hace dos años le pegaba a un muñeco en el teatro. ¿Entre los aceiteros hay quienes votaron a Milei?

—Sí, sí.

¿Bastante?

—No sé si bastante, pero estoy seguro de que sí. Muchos no dicen nada. Hay algunos que lo defienden, que lo siguen defendiendo hoy, son pibes que realmente no quieren el sindicalismo y demás.

¿Son más jóvenes? ¿Es una nueva generación entre tus propias bases?

—Sí... no sé si pasa tanto por la juventud. Obviamente que por ahí hay. Hoy se ve mucho más radicalizado en los jóvenes de 30 años que siguen jugando a la Play Station. Entonces obviamente que les va a calar más profundo el discurso de Milei, les parece un discurso lindo.

En algunas de las automotrices de Zárate los obreros jóvenes les cantaban a los sindicalistas viejos “la casta tiene miedo”.

—Lo primero que dije cuando ganó Milei, en un congreso el año pasado, fue que era momento de reconstruir la relación con los trabajadores que piensan distinto. Yo no puedo considerar que son los culpables de que Milei esté gobernando. Los culpables son los que se fueron. Porque no hicieron bien las cosas. Y nosotros, responsables de no haber gritado lo suficientemente fuerte como para hacernos sentir que esto iba a pasar. Y no estoy diciendo gritarles a los trabajadores que lo votaron, sino a los políticos que estaban haciendo las cosas mal, porque por ahí si hubiésemos cambiado el rumbo se lo hubiésemos advertido, pero nunca les dijimos nada.

Se pensaba que los trabajadores con derechos lo votaban a Massa, y que el problema eran los precarizados sin derechos, que consideraban que “no tenían nada que perder”, o los jóvenes que no laburaban. Por lo que vos contás, no es tan así.

—Naa. El trabajador que no es militante escucha lo que le conviene. Que si trabaja va a poder comprar dólares, que va a poder viajar, comprar un tiempo compartido por 10 mil dólares y que te vas a ir de vacaciones como Susana Giménez o Tinelli. Y

vos no tenés esa plata para ir con ellos. Y te muestran un catálogo re lindo, pero es mentira.

¿Y eso no es un poder también? La expectativa creada alrededor de esa forma de vida, ese horizonte más individual, las redes sociales. ¿No es un poder un poco más complicado de revertir que un mal o buen gobierno?

—Yo creo que sí, pero si vos a todo eso lo ayudás con una mala gestión, me parece que es mucho más importante que lo que los medios influyan. Entonces echarles la culpa a los que votaron “porque son unos boludos bárbaros” es olvidarte de un gobierno que dio marcha atrás con Vicentin, que con la pandemia tuvo la vacuna VIP, y cuando estábamos todos encerrados este boludo se sacaba fotos... ¿Qué querés que te diga? Cosas que no ayudan.

Corazonada de clase

El mate dejó atrás a la siesta. Cuando nos quisimos acordar, las hipótesis de Yofra sobre el triunfo de Milei nos llevaron al campo político. O, más exactamente, al de “los políticos.”Y en ese camino, curiosamente, conectaron con algunos supuestos de los enunciados libertarios, mostrando su pregnancia como sentido de época incluso entre sus antagonistas. Imponer un lenguaje — además de una agenda— es un signo inequívoco de triunfo. Y el

líder aceitero invita a revertir esa desventaja, a través de una construcción que vaya más allá de la emergencia económica y social inmediata. Sobre el final, arriesga una corazonada.

Hay cierto panorama de balcanización, luchas o negociaciones por separado como si no fueran parte del mismo país: gobernadores, sindicatos, movimientos. El Gobierno trabaja esa fragmentación. ¿Qué rol juega la política hoy para rearmar un proyecto alternativo de conjunto?

—Hoy no hay oposición. Está desaparecida. Por eso yo digo que es una oportunidad histórica para que la CGT cambie de rol. Si hay que cambiar de dirigentes, bueno, habrá que cambiar de dirigentes. Porque no hay un líder político. Alberto se fue, Cristina no habla, Massa no habla. Es una situación muy indefensa para la sociedad. Yo considero que la política no tiene conciencia de clase, entonces por eso no defiende nunca a los trabajadores. Hace rato. Desde que Cristina manifestó que los maestros tenían “mucho tiempo de ocio”, mostrando que veía la política como empresaria —después podemos discutir si estábamos mejor o no: sí estábamos mejor—, hasta que los primeros precarizados laborales son y eran los del Estado. Cuando estaban ellos, en la mayoría de las dependencias del Ministerio de Trabajo estaban contratados, con contratista, etc. O sea, los mismos que deberían inspeccionar para que no ocurra

eso. Hace rato que lo vengo pensando: no creo que la CGT tenga que encarar una negociación de puestos políticos. Prefiero que la CGT se empodere y salir a enfrentar a quien sea como sindicalismo. Al que esté.

¿Te ves como parte de un armado nuevo en la CGT? ¿Te considerás integrante de una nueva generación junto a Pablo Moyano, de Camioneros; Pablo Palacio, de los recibidores de granos con quienes hicieron la huelga de 2020; el propio José Voytenco, de los trabajadores rurales; o Abel Furlán, de la UOM, que está encarando huelgas?

—Me veo. Me veo tranquilamente en la CGT porque tengo experiencia, hay de sobra. Lo que no me veo es haciendo determinadas cosas para llegar ahí.

¿Cómo es eso?

—Cuando empecé venía con la mentalidad de mi viejo, sindicalista también, peronista, que siempre delegó un puesto de responsabilidad a otro compañero de militancia que supuestamente tenía más trayectoria. Mi viejo era un tipo muy capaz. Pero era una pelotudez pensar que uno no necesitaba un cargo para demostrar determinadas cosas. Tampoco se trata de demostrar lo que sabés, sino de poder imponer determinadas

cosas desde un lugar de poder. Entender que si no tenés poder es al pedo. Vos podés pensar un montón de ideas, pero si no tenés poder enseguida te rebajan y queda ahí. Entonces cuando entré en la Federación me di cuenta de que sin poder no iba a lograr hacer nada. Me fui veinte veces. No me bancaba la manera de laburar. Tampoco tenía ganas de pelear. Cuando no tenés ambición sos medio tibio. Yo no tenía ambición de poder, y no la tengo ahora porque si no me hubiese metido en un partido político, en la CGT, me hubiese sentado al lado de Moyano, qué sé yo. Supongo que esa es la manera de escalar, porque hay tipos que siempre se desesperan por estar en esos lugares. Se matan para sentarse en el primer puesto. Pero el tema de no tener ambición es un poco inconscientemente el de no tener responsabilidades. No me hago cargo. O sea, “animémonos y vayan”. No. Después lo entendí.

Toda esa lógica de la rosca, la careteada, la foto te jode. Pero, si no pasás por ahí, no podés dirigir el movimiento obrero desde un lugar de poder o construirlo.

—Salvo que me vengán a buscar ellos y me digan “ya que hablás tanto al pedo, vení acá y demostrá lo que vos sabés”. Pero me cuesta porque desgraciadamente hay una política partidaria que es mucho más fuerte que el sindicalismo. Nosotros integramos el Frente Sindical y en los cuatro años de Alberto Fernández era

cuidarlo entre algodones. Era un gil bárbaro que en plena pandemia se sacó fotos y estuvo de joda en Olivos. ¿Y cuánto vas a bancar? Porque defender a un inútil o defender a un corrupto te vuelve lo mismo. No hay necesidad. Aparte estamos mal. Bancarse eso se acabó. Ya está. No más presidentes que vayan y hablen de fútbol afuera, no más presidentes que toquen la guitarrita, no más tipos enloquecidos gritando en un teatro. Hay un montón de gente que la padece, que vive en piso de tierra. Tené un poco de empatía. Pero para hacer eso tenemos que formar un dirigente. Se tiene que volver a esa herramienta que tenía la democracia en los partidos políticos donde vos elegías a través de un congreso de militantes, ¿viste? Los últimos candidatos que tuvo el peronismo fueron puestos a dedo, y todos por Cristina: Scioli, Fernández y Massa. A mí me han venido a buscar para armar para tal candidato, para armar tal espacio, pero después me decían “si viene la jefa y dice otra cosa, cambiamos”. No. Yo no voy a trabajar al pedo. Si trabajo por alguien que a mí me parece que puede ser un buen conductor del país, que entiende la política de los trabajadores, yo lo hago, pero si voy a trabajar para que después venga “Dios” de arriba, te toque y diga “tiene que ser este”, naa...

¿Ves a alguien que pueda despuntar para el período que viene o es muy temprano?

—Kiciloff.

¿Tuvieron reuniones?

—No, reuniones políticas no. Tenemos una buena relación. Me consulta algunas cuestiones del sector. Tengo un justificativo: fue el único tipo o uno de los pocos políticos en salir bastante limpio del kirchnerismo. No tiene causas y fijate que le hacen bullying con boludeces. Y gobierna la provincia más grande del país. Lo conocí cuando fueron los 25 días de huelga, en 2015. Él nos recibió. Y el tipo estaba laburando. No estaba ahí de saco mirando desde arriba. No tengo mucho argumento, pero tampoco creo que sea lo menos malo. Antes de que fuera candidato a gobernador en 2019, le mandé un mensaje y le dije que iba a ser nuestro próximo presidente. Fue una corazonada. Yo a Kiciloff lo invitaría a mi casa. Y no invito a cualquiera a mi casa. Porque, aparte, me parece que no es el tipo que quiere un cinco estrellas. Me da esa sensación.

